forzada, sino decidida libremente como nos lo indica la prontitud y disposición con que Abraham obedeció. Por la misma fe, Abraham siguió adelante sin titubeos, de acuerdo con lo que Dios le había llamado a ejecutar. No desmayó, sino que perseveró hasta el fin porque la fe le inundaba.[1] Arriba consideramos el hecho de que Abraham no tomó en cuenta las imposibilidades humanas. No es que no las haya observado, sino que, viéndolas en toda su fuerza (Gn. 17:17), no dudó de la promesa, antes fue aumentada su fe con el convencimiento de que Dios es poderoso para cumplir lo que había prometido (Ro. 4:19-21).

Cuando a Abraham se le llamó para que saliera de su lugar a una tierra que Dios le daría, obedeció por fe; no sólo creyó, sino que hizo lo que le correspondía y salió sin saber a donde iba (He. 11:8). Cuando llegó a la tierra que Dios le mostró, se contentó con vivir en ella como una persona extranjera. Dice el NT que por fe esperaba la ciudad que Dios hizo, la cual tiene fundamento eterno (He. 11:9s.).

La fe de Abraham no fue una fe común. Es decir, es muy difícil encontrar en la raza humana la fe que se dio en Abraham, pero es la fe que Dios espera de sus criaturas. Esa fe fue la que ayudó a Abraham a vencer todos los obstáculos que se le presentaron. Venció el obstáculo de la ignorancia. Abraham no sabía a donde iba, pero salió confiando en Dios con una fe innegable. Venció la ligadura que lo mantenía unido a su tierra y salió porque Dios lo ordenaba, prometiéndole una tierra mejor. Por último, venció la desesperanza del tiempo que es capaz de desalentar a cualquiera que no cuenta con la confianza de Abraham en Dios. La esperanza de Abraham era inconquistable porque estaba fundamentada en

[1] Calvino, Hebreos, p. 244.

Dios. A pesar de que vivió en la tierra prometida como quien vive en tierra ajena, su fe no flaqueó esperando el cumplimiento de la promesa que llegaría tarde o temprano.[1]

Actuando por fe, Abraham vio y saludó de lejos el cumplimiento de la promesa (He. 11:13). Es lo que apuntábamos arriba, que Abraham pudo ver el principio del cumplimiento de la promesa y, con el principio, la promesa en su totalidad. La fe de Abraham también se demuestra por su esperanza de una patria mejor, una patria celestial que él prefiere a la patria que había dejado. Cuando Abraham compró la cueva de Macpela, él dijo: "Extranjero y forastero soy entre vosotros . . ." (Gn. 23:4). "Los que tal dicen muestran claramente que buscan patria" (He. 11:14). El mismo hecho de no volverse a la tierra de donde había salido es prueba de que esperaba algo mejor, algo que el NT designa como la Patria Celestial.

Pero lo que mejor demuestra la fe de Abraham es el episodio del sacrificio de Isaac, su hijo, al cual se refiere Santiago (2:23). Abraham ofreció a su unigénito porque Dios se lo pidió (Gn. 22:2). Por la fe ofreció al hijo en quien Dios había comenzado a cumplir sus promesas. Lo ofreció confiando en que Dios era poderoso para resucitarlo de entre los muertos (He. 11:9). Porque ofreció sin titubeos al que era amado de su corazón, fue justificada plenamente la fe que tenía en Dios.

Hemos visto la fe que la Escritura dice que tuvo Abraham y la demostración de esta fe por las pruebas que el NT nos ofrece. Ahora debemos examinar el resultado directo de esa fe.

---

[1] Calvino, <u>Hebreos</u>, p. 244.

Resultado de la Fe de Abraham

Abraham demostró poseer una fe en Dios que es poco común encontrar. El creyó en Dios con todo el poder de su ser y aunque había obstáculos capaces de desalentar a cualquiera, no consiguieron hacer desfallecer la fe de Abraham; antes, por el contrario, esa fe se fortaleció más a medida que vencía más obstáculos. En cuanto a esa fe, la Escritura nos dice que le fue contada a Abraham por justicia (Ro. 4:3; Gá. 3:6; Stg. 2:23).

Sabemos que Abraham esperó con paciencia y confianza que Dios le cumpliera lo que había prometido y por esa confiada espera se cumplió la promesa que había recibido, aunque su cumplimiento fuera humanamente imposible. Abraham se encontraba muy anciano y Sara no esperaba ya tener hijos; con todo esto, Abraham creyó y se cumplió la promesa, un hijo vino para alegrar el hogar de ellos y para ser prueba viviente de que todo lo que Dios había prometido se cumpliría a su debido tiempo, así como se había cumplido lo específicamente prometido a Abraham.

Pero no sólo se le cumplió la promesa, sino que se dice de él que fue justificado. Abraham fue justificado por Dios cuando creyó veinte y cinco años antes del nacimiento de Isaac. Además, la fe de Abraham fue demostrada delante de los hombres cuando no negó a Isaac al pedido que Dios le hizo, sino que con toda sinceridad, a la vez que con confianza plena, lo ofreció a Dios en sacrificio.[1]

Esta justificación se refiere a dos aspectos. En primer lugar, Dios no puede ser amigo de un hombre a menos que sea declarado justo; e.d., el hombre debe ser justificado para poder tener comunión o amistad con

---

[1] Rudd, Las Epístolas Generales, p. 45.

Dios. Ya no debe ser tenido por culpable de sus faltas en contra de la voluntad del Señor. Este estado de justicia no se alcanza a menos que Dios mismo sea el que declare justo a alguna persona, y ésta, siendo justificada, puede llegar a ser "llamado amigo de Dios" (Stg. 2:23). Esta declaración de justificación no se hace porque Dios quiere hacerla, no se hace de balde, sino que se hace en vista del sacrificio expiatorio de Cristo quien llevó el castigo de todos los hombres. Esto nos lleva al segundo aspecto de la justificación de Abraham, el cual consiste en que, habiendo creído que el cumplimiento de la promesa le llegaría o le sería hecho, la promesa se le tomó como ya cumplido en él. En el segundo capítulo vimos en qué consistía esa promesa, de modo que podemos ver fácilmente ahora que cualquiera a quien se le cuente la promesa como ya cumplida de parte de Dios, se le cuenta como justificado por el mismo Dios, en cuya palabra ha creído.

Para San Pablo esta declaración es importante ya que él recalca que la promesa se cumple por creer en ella y no por otra cosa. Cuando San Pablo escribe a los romanos y a los gálatas, usa el ejemplo de Abraham para confirmar que la justificación del individuo o, lo que es lo mismo, el cumplimiento de la promesa en la persona individual, es por fe y no por la obediencia celosa de los preceptos de la ley de Moisés.[1] Abraham no recibió su justificación por obedecer a ciertas leyes, sino que la recibió debido a la misericordiosa gracia de Dios, quien se la concedió en vista de su fe. No que él la mereciera por sus dignos actos, sino que le fue dada porque Dios así lo quiso[2] y así lo prometió a Abra-

[1] A. M. Hunter, La Epístola a los Romanos, p. 61.

[2] Handley Moule, Exposición de la Epístola de San Pablo a los Romanos, p. 94.

ham, habiéndosela dado en vista de que él creyó en la promesa. Si Abraham hubiera sido justificado por lo que él hizo o por lo que él era en sí mismo, habría tenido de qué enorgullecerse delante de los hombres que le rodeaban y le conocían, pero no delante de Dios (Ro. 4:2), porque para El las obras de los humanos no tienen mérito alguno para lograr restablecer la comunión con El, rota por nuestra rebelión. Es Dios quien tiene que dar el paso decisivo para declararnos justos en vista de nuestra fe en El y lograr así nuestra reconciliación con El.

Dijimos arriba[1] que San Pablo usaba el caso de Abraham para dar ejemplo a sus lectores acerca de la justificación que Dios concede a los hombres. Abraham nos sirve de ejemplo bajo dos puntos de vista. El primero es que si Abraham, siendo lo que era, y aún siendo escogido por Dios de entre todos los habitantes de su mundo, necesitaba ser justificado para poder tener comunión con Dios (Stg. 2:23), todos los hombres necesitamos de justificación delante de Dios para aprovechar de su misericordioso amor lleno de gracia, del cual desea ardientemente hacernos partícipes.[2]

El segundo punto de vista acerca del ejemplo de Abraham lo destaca San Pablo al afirmar que lo que está escrito de Abraham no está escrito por causa de él solamente, porque no se relaciona con la vocación particular de una persona, sino que describe el camino para obtener la justicia. Nosotros también podemos ser incluidos en la promesa ya que nuestra fe en "aquel que levantó de los muertos a Jesús, nuestro Señor, el cual fue entregado por nuestros pecados y resucitado por nuestra justi-

---

[1]V. p. 30.

[2]Moule, op. cit., p. 93.

ficación" (Ro. 4:23ss.) nos será contada también por justicia. Este es el único camino, perpetuo para todos, por el cual podremos obtener nuestra justificación. No habrá otra forma que aquella aplicada a la persona del padre común de todos los creyentes.[1]

De esta manera, pues, sabemos que la fe de Abraham en Dios tipifica vívidamente la fe cristiana.[2] Es una creencia total, es un abandono vital en el Dios poderoso y misericordioso que es capaz de grandes maravillas. Es una fe demostrada por las obras de fe más conmovedoras de la historia, es una fe coronada por la justicia de Dios al hombre que cree a la manera y de la forma e intensidad con que Dios lo demanda. Todo esto es un hecho presentado como ejemplo a todos los hombres por la necesidad e inevitabilidad de seguirlo para alcanzar justicia delante de Dios.

Resumamos lo referente a la fe de Abraham. El AT y el NT nos dicen que frente a la promesa Abraham decidió creer. El NT apunta que la promesa se recibe por creer y no por hacer, de modo que por más que Abraham hubiera hecho no habría alcanzado la promesa. Según el NT, Abraham creyó porque confió en el gran poder de aquel que le hacía tantas y tan maravillosas promesas. La vida entera de Abraham, relatada en el AT, refleja su fe. No fue una fe que se quedó en mero intelectualismo o emocionalismo, sino que le impulsó a seguir adelante venciendo todos los obstáculos, a obedecer a pesar de significar la entrega de lo más precioso y a esperar con paciencia el cumplimiento de la promesa.

Como resultado de esa fe, el AT dice que Abraham recibió parte de

---

[1] Calvino, Romanos, p. 128.

[2] Hunter, Op. Cit., p. 61.

la promesa (su hijo Isaac, sus nietos como primicia de la descendencia, la tierra para habitar en ella aunque fuera como extranjero y la protección de su Dios) y que fue justificado. De allí, el NT concluye que empezó una relación que llegó a ser una amistad con Dios al no ser tenido como culpable de nada. Por lo mismo, también se le permitió gozar del cumplimiento efectivo de la promesa. Además, el NT dice que Abraham es un ejemplo de la fe. Es indispensable que todos sean jusficados a la manera de Abraham para que puedan gozar de todo lo prometido. En otras palabras, el NT dice que como resultado de la fe de Abraham, él fue hecho padre de todos los que creen.

La promesa no sólo era para Abraham, sino también para su descendencia. Por lo tanto, nos queda aún el problema acerca de los hijos o la descendencia de Abraham. Dedicaremos el último capítulo de este trabajo a investigar en cuanto a este asunto.

CAPITULO IV

HIJOS DE ABRAHAM EN EL NUEVO TESTAMENTO

Dios, en su gran misericordia, dio la promesa a Abraham. Este, ante la disyuntiva de aceptar la promesa o rechazarla, decidió aceptarla, aceptando con ello todo lo que significaba en cuanto a obligaciones, y haciéndose acreedor a todas las manifestaciones que la promesa trae consigo. Dice la Escritura que Abraham había sido designado para ser padre de muchas gentes (Gn. 17:5; Ro. 4:17). Cuando Abraham creyó, no sólo le fue contado por justicia, sino que fue reconocido como padre de multitudes.

San Pablo nos presenta a Abraham como padre bajo dos aspectos. Indudablemente Abraham es el padre de todo el pueblo de Israel. Cuando San Pablo lo presenta bajo este punto de vista, agrega la frase "según la carne" (Ro. 4:1). Es decir, biológicamente, los que pertenecen al pueblo de Israel, descienden de Abraham, ya que, según la historia, él fue el iniciador de ese pueblo. Pero al hablarse de Abraham como padre hay que hacer la distinción entre el padre según la carne y el padre según la fe. En la epístola a los Gálatas, San Pablo nos dice que los que dependen de la fe son los hijos de Abraham. En otras palabras, sólo los de la fe son hijos de Abraham. El versículo mencionado no da lugar a otras personas (3:6s.)

Para los judíos era de gran orgullo descender, según la carne, de Abraham. San Pablo, a través de todas sus epístolas, concede a los judíos una unión más próxima a Abraham.[1] El afirma que de los israelitas

[1] Calvino, Romanos, pp. 107s.

"son la adopción, la gloria, los pactos, la legislación, el culto y las promesas . . ." (Ro. 9:4). Pero al mismo tiempo, San Pablo mismo afirma que "no todos los que descienden de Israel son Israel, ni por ser simiente de Abraham son todos hijos . . ." (Ro. 9:6s.). Estas dos afirmaciones que a simple vista parecen contradictorias son las que nos plantean el primer problema de este capítulo.

Hijos o Descendientes

Cuando el diácono Esteban se defiende ante los principales del Sanedrín, hace historia desde el principio del pueblo de Israel. Su historia comienza con la aparición de Dios a Abraham, afirmando implícitamente que la historia de Israel como pueblo comienza con este acontecimiento. Los que le oían no refutaron la afirmación de Esteban, más bien, con su silencio aprobaron lo que Esteban había dicho (Hch. 7:1-8).

El Señor Jesús mismo reconoce en varias oportunidades que los judíos son hijos de Abraham. Cuando discute con ellos acerca de la liberación por medio del conocimiento de la verdad, El dice que sabe que son hijos de Abraham (Jn. 8:37). También habla de Abraham como el padre de los judíos (8:56). En otra oportunidad, cuando el Señor Jesús curó a una mujer en el día de reposo, el Señor la llama "hija de Abraham" usando esa frase para añadir más fuerza al argumento para defender la curación hecha en día de reposo (Lc. 13:16). Al llamársele "hija de Abraham" se le daba la superioridad que los rabinos le daban a ese título.[1] Maldonado en su comentario sobre la cuestión dice que en el título que el Señor Jesús usa está la declaración de que por ser hija de

---

[1] Lenski, San Lucas, p. 643.

Abraham es perteneciente al pueblo de Dios.[1] No estamos seguros de la veracidad de lo que dice Maldonado, pero una cosa sí podemos señalar: que el título "hija de Abraham" le es aplicado a la mujer como sería aplicado a cualquier descendiente natural de Abraham.

Por el hecho de tener su principio en Abraham, los judíos reclamaban para sí libertad civil o, cuando menos, libertad de la obligación de servir a alguien. Por esta razón, cuando el Señor Jesús les ofrece libertad por el conocimiento de la verdad, los judíos pretenden y declaran no necesitarla, aduciendo que eran simiente de Abraham y que jamás habían servido a nadie. Los judíos se sentían muy orgullosos de su raza. Ellos afirman que, lejos de ser esclavos, ellos eran muy nobles porque descendían de Abraham. Para ellos no existía relación de pertenencia de mayor valor.[2] Ellos opinaban que la esclavitud civil era contraria a la posición de ellos como simiente de Abraham.[3] Pensaban también que por ser un pueblo santo, apartado y elegido por Dios, no podían ser esclavos de nadie. La adopción y el pacto por los cuales ellos eran separados de los demás pueblos aprovechaban sólo a los contados como hijos de Dios, los tales, para poder gozar del cumplimiento de lo prometido, debían ser libres.[4]

Sin embargo, a pesar de las concesiones del Señor Jesús y de las reclamaciones de los judíos, el Señor mismo les muestra que toda su jactancia era falsa. Al momento mismo de estar hablando, el yugo romano

---

[1] Juan de Maldonado, Comentarios a los Cuatro Evangelios, tomo I p. 627.

[2] Ibid., tomo III, p. 554.

[3] Alvah Hovey, Comentario Sobre el Evangelio de Juan, p. 245.

[4] Calvino, Commentary on the Gospel According to John (= John), tomo I, p. 343.

pesaba fuertemente sobre ellos. También en tiempos pasados habían sido esclavos de otras naciones.[1] Pero el Señor Jesús no se refería a la esclavitud civil de los descendientes de Abraham. Se habla de la esclavitud del pecado (Jn. 8:34). El Señor Jesús demuestra que la furia con que rechazan a Dios y a sus ministros es maldad, es odio detestable contra la verdad, odio y furia que los hace querer derramar sangre inocente. Realmente el deseo sincero de ser simiente de Abraham estaba muy lejos de su carácter porque sus hechos no se parecen a los hechos de Abraham.

Admitimos que son descendientes de Abraham según la carne y la sangre, pero no admitimos que son hijos de Abraham. Para que fueran esto último era necesario que actuaran como actuó Abraham, a quien pretendían como padre. El Señor les dijo: "si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham" (Jn. 8:39), mostrando la diferencia entre los descendientes y los hijos de Abraham. Los judíos se oponían a Dios y a la verdad, sin tomar en cuenta que nada distinguía más a Abraham que su obediencia a Dios. Así pues, los judíos no pueden ser hijos de Abraham mientras rechacen a Dios y desprecien la verdad.[2]

Frente a su derrota, los judíos recurren a llamarse hijos de Dios, que para ellos es el equivalente de ser hijos de Abraham. Pero el Señor Jesús echa por tierra sus ilusiones al decir que son hijos de quien los controla. Si odian, si mienten, si no adoran a Dios y no reciben la verdad, son hijos del diablo. Si, por el contrario, reciben la verdad, adoran a Dios, aman y no mienten, verdaderamente son hijos de Dios.

---

[1] Calvino, John, p. 343.

[2] Ibid.

Ser hijos de Dios no significa tanto posesión o pertenencia cuanto docilidad. "El que es de Dios, las palabras de Dios oye" (Jn. 8:47). Ser de Dios supone oir y obedecer su voz, a la vez que dejarse llevar por su gracia.[1]

Dos aclaraciones se hacen necesarias. En primer lugar, no es lo primordial hacer las obras que hizo Abraham para ser hijo de Abraham. Las obras externas son, como fueron en Abraham, manifestación de su entrega total al Dios en quien había confiado. Cualquiera que cree, que se entrega totalmente, a Dios hace lo mismo que hizo Abraham y puede ser llamado con propiedad hijo de Abraham. En segundo lugar, es necesario aclarar que el AT no hace una clara diferencia entre los hijos y los descendientes de Abraham. No es sino hasta en el NT en donde hemos encontrado la diferencia.

En resumen, podemos notar que la aparente contradicción al principio de este apartado, no es contradicción sino diferencia esencial entre los descendientes de Abraham y sus hijos verdaderos. Todo el pueblo de Israel es llamado posesión de Dios, pero no en todos se realiza el cumplimiento de la promesa. Algunos por ingratitud y otros por incredulidad rechazan la adopción. Entonces Dios elige a unos cuantos del pueblo para que su promesa se cumpla. Quienes son descendientes de Abraham pueden no ser hijos de Dios y, por ende, no estar incluidos en el cumplimiento de la promesa. Quienes son hijos de Dios por adopción tienen la realización de la promesa. Estos son los que hemos llamado "hijos de Abraham", en tanto que a aquellos que no son hijos de Dios, pero que son del pueblo de Israel, los hemos llamado sólo "descendientes".

---

[1] Compañía de Jesús, Nuevo Testamento, tomo I, p. 939.

Veamos dos ejemplos de esta diferencia encontrados en el Evangelio según San Lucas.

Dos Hijos de Abraham

En el mencionado evangelio encontramos relatados los casos de dos hijos de Abraham según la carne cuyo final es tan diferente como lo es la luz del día y la oscuridad de la noche.

El primero de estos casos se refiere a un hombre rico, hijo de Abraham, desechado de la comunión con él (Lc. 16:19-31). El pasaje es muy discutido en cuanto a que no se sabe ciertamente su naturaleza. Puede ser una historia verídica o una parábola con elementos no reales, dicha con el propósito de enseñar algo.[1] Sin embargo, no nos interesa, ni nos afecta en esta investigación, la discusión en sí misma. Trataremos de mantenernos dentro del propósito de la relación sin violentarlo para sacar algunas conclusiones válidas acerca de la filiación del hombre rico con Abraham.

En primer término, notemos que el hombre rico es hijo de Abraham según la carne (Lc. 16:25,30); e.d., pertenece al pueblo de Israel. El Señor Jesús recalca esta relación; pero su procedencia no significa nada. En la hora de su muerte es separado del seno del que supone ser su padre y es llevado a sufrir tormentos que el supuesto padre no puede evitar. Definitivamente no vale de nada descender naturalmente de Abraham.[2]

En segundo término, podemos notar que este "hijo de Abraham" fue desobediente mientras vivió. Era heredero de las promesas, pero no las

---

[1] V. Juan de Maldonado, op. cit., tomo I, pp. 691ss.
[2] Lenski, San Lucas, p. 744.

creyó, o las tuvo en muy poco. Como hijo debía de ser acogido por el seno de su progenitor, pero como desobediente fue despojado de la comunión de los verdaderos hijos junto al padre.

El segundo de los casos nos muestra otro aspecto del tratamiento a los hijos de Abraham según la carne. Nos referimos al caso de Zaqueo quien con la presencia del Señor Jesús en su casa es transformado, decidiendo ser justo desde esa ocasión (Lc. 19:1-10). En este caso el Señor Jesús afirma que la salvación había llegado a la casa de Zaqueo porque la casa era de la familia de Abraham. (19:9).

Hay un problema en la traducción de este último versículo. Algunas palabras del griego se prestan a confusión cuando se traducen al español por causa del género diferente. El versículo dice: "Díjole Jesús [a Zaqueo]: Hoy ha venido la salvación a esta casa; puesto que él [recalcado por nuestra parte] también es hijo de Abraham". Visto así, se nota que el Señor Jesús comenzó hablándole a Zaqueo y a mediados del versículo parece que habla a otras personas acerca de Zaqueo. No hay alguna cosa que dé la posibilidad de ese cambio por lo que preferimos decir que en todo el versículo se habla a Zaqueo. El cambio se explica con la diferencia de géneros en el griego y el español. En griego el sustantivo "casa" es masculino, lo mismo que el pronombre personal "él". Nos parece que el versículo debe decir así: "Díjole Jesús: Hoy ha venido la salvación a esta casa [gr. "este" casa], puesto que ella [gr. él (casa)] también es hija [gr. hijo] de Abraham". Concluimos en que el Señor Jesús afirma que la salvación llegó a la casa de Zaqueo porque, siendo judía, la casa era hija de Abraham (cuando decimos "casa" no nos referimos al edificio, sino a la familia de Zaqueo). Nos parece que el

Señor Jesús se refiere a la casa como hija de Abraham y no a Zaqueo como hijo de Abraham.[1]

El orden cronológico de este relato nos muestra algo que debemos tomar en cuenta. El Señor Jesús llegó a la casa de Zaqueo. Luego éste creyó en el Señor, se dió cuenta de su pecado y decidió ser justo en su relación con los demás, acción que sería el fruto de su arrepentimiento, y por ende, de su fe. Zaqueo manifestó públicamente su decisión y entonces se produjo la declaración del Señor. Esta secuencia cronológica nos indica que la casa de Zaqueo no fue considerada una verdadera hija de Abraham solamente por su descendencia natural, sino por la fe de quien era la cabeza de la misma. Esa fe y ese arrepentimiento (que se muestra en su decisión por la justicia) hicieron posible su participación en la salvación prometida a todos los hijos de Abraham. En otras palabras, solamente decidiendo obedecer a Dios y teniéndolo por padre se puede llegar a ser "hijo de Abraham".

Los ejemplos presentados son claros; el hombre rico, descendiente de Abraham, desechado por su desobediencia, y Zaqueo, otro descendiente de Abraham, el cual llegó a ser hijo de Abraham y partícipe de la salvación prometida por la fe y el arrepentimiento en la presencia del Señor Jesús. Lo que vale, pues, no es descender biológicamente de Abraham, sino seguir su ejemplo al confiar en el Dios poderoso para nuestra salvación y reconocerlo como nuestro Señor a la manera de Zaqueo (Lc. 19:8). Cuando se posee la fe de Abraham, se puede esperar ser llamado hijo de Abraham con todo lo que ese título significa. Los que descienden bioló-

[1] Calvino insiste en decir que Zaqueo es el hijo de Abraham y no la casa por parecerle más natural. Aduce que cuando Dios adopta a la cabeza de la familia, promete ser un Dios a toda la familia. Harmony, tomo III, p. 436.

gicamente de Abraham, pero no tienen la fe de él, son solamente descendientes y no hijos.

Hemos visto el problema desde el punto de vista de la fe. Sabemos que no todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham porque no todos creen como Abraham creyó. Sin embargo, esa no es la única distinción en cuanto a los descendientes de Abraham. San Pablo plantea otra distinción al afirmar, después de decir que no todos los de Israel son Israel, que son hijos sólo los hijos de la promesa (Ro. 9:8). Indaguemos qué quiso decir San Pablo con esa afirmación, o cuál es esa otra distinción entre los descendientes de Abraham.

Hijos de la Promesa

Tratemos de explicar primero el asunto de Romanos 9. El apóstol desea dar una explicación acerca del por qué algunos del pueblo de Israel, a quienes Dios adoptó de entre los demás pueblos, estaban separados del amor de Cristo, quien es el cumplimiento mismo de la promesa. No se debía a que la palabra de Dios había fallado, sino que era necesario que se cumplieran cierto factores antes del cumplimiento de la promesa. Pero, antes que nada, debía entenderse bien la promesa en cuanto a los descendientes de Abraham se refiere. Dios no se sujeta a la descendencia carnal, sino que de entre los descendientes elige a los hombres en quienes la adopción muestra su eficacia y es confirmada.[1] Esa conclusión se deriva del hecho que San Pablo trae a manera de comprobación. Isaac no había nacido aún; Ismael, el otro hijo de Abraham, sí había nacido, sin embargo, la promesa se cumpliría en Isaac y no en

---

[1] Calvino, Romanos, p. 239.

Ismael (Gn. 17:19).[1] De este modo se colige que no son hijos los que descienden según la carne, sino los que son hijos de la promesa. San Pablo ya no habla aquí solamente de los hijos de Abraham según la carne, sino de todos los habitantes del mundo[2] que pueden llegar a ser hijos de Dios (Ro. 9:8).

El término "hijo de Abraham", en el sentido que le hemos dado en este capítulo, es sinónimo de "hijo de Dios". Esta afirmación halla su base en el deleite que encuentra Dios en llamarse Dios de los padres del pueblo de Israel (Hch. 3:13; 7:32; Mt. 22:32s. y par.). Todas estas citas muestran que cuando Dios escogió a Abraham para ser padre de su pueblo, escogió también a ese pueblo para que fueran sus hijos.

Trataremos de explicar dos cosas con respecto a los hijos de la promesa. Primero, son llamados hijos de la promesa no porque creyeron en la promesa, tampoco porque están incluidos en la promesa dada a Abraham (todos están incluidos),[3] sino porque son el cumplimiento de la promesa misma (Ro. 9:8). Isaac nació como cumplimiento de la promesa y por eso es llamado hijo de la promesa. Segundo, surge el problema de que la promesa fue dada para todos los habitantes del mundo y, sin embargo, si es como hemos dicho, solamente algunos, los llamados hijos de la promesa, verán realizada en ellos la promesa. Ese es el problema que se plantea San Pablo. ¿Cómo es posible que Dios, habiendo dado la promesa a todo el pueblo de Israel, haga efectiva su promesa en los que Él quiere, es decir, solamente en los hijos de la promesa? San Pablo parece resolver el problema declarando que Dios, quien es el creador,

---

[1] Calvino, Romanos, p. 241.

[2] V. arriba pp. 38 y 21. [3] Ibid.

puede hacer con sus criaturas lo que bien le parezca (Ro. 9:20). Lo mismo debemos decir con nuestro problema: Dios dió la promesa para todo el mundo, pero sólo la hace efectiva en aquellos que El quiere, en los que llamamos "hijos de la Promesa", porque El es el creador y el soberano. A nosotros ni siquiera nos es dado conocer quienes son los hijos de la promesa, mucho menos los secretos de la voluntad y del pensamiento de Dios. Lo único que podemos saber es que a todos es dada la promesa y la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios, pero no todos los que son beneficiarios de la promesa pueden ser llamados "hijos de la promesa".

Frente a la promesa, se espera que el hombre dé una respuesta. Dos son las posibilidades: rechazar la promesa o creer en ella esperando su cumplimiento y sometiéndose a las dificultades que entraña el creer. Abraham se constituye en ejemplo para nosotros porque él creyó y, por eso, la promesa le fue contada como cumplida. De la misma manera, todos aquellos que juntamente con Abraham hemos recibido la promesa, debemos creer para que también nos sea como cumplida en nosotros y seamos llamados justos por la fe, llegando a ser hijos de Abraham por nuestra fe y por nuestra justificación, iguales a las de él.

Por la fe se llega a ser verdadero hijo de Abraham[1] de la misma manera que por la fe Abraham llegó a ser padre de muchas gentes (Ro. 4:18). Hebreos nos muestra sin lugar a duda que Abraham no tuvo virtud alguna que no procediera de la fe (He. 11:8ss.).[2] Es más, se dice que el pueblo judío tuvo su origen en la fe de Abraham y de Sara, su esposa.

---

1 William Newell, Romanos, p. 110.

2 Calvino, Hebreos, p. 244.

Por lo tanto, el que se llegue a ser del pueblo de Dios depende de la fe y de la promesa que son las causas de su origen.[1] San Pablo amplía más esta idea al asegurar que aún los no judíos que son "hijos de la promesa"[2] pueden ser justificados a la manera de Abraham, por la misma fe de Abraham, llegando también a ser hijos suyos (Gá. 3:8).

En este punto se introduce un nuevo elemento a la respuesta del hombre frente a la promesa. Abraham y sus descendientes del AT creyeron en el cumplimiento por venir de la promesa. Los hijos de Abraham en el NT deben creer en el cumplimiento ya realizado de la promesa.

Al final del segundo capítulo vimos que la promesa se cumple en el Señor Jesús, cuyo advenimiento a la tierra marcó el principio del NT. San Mateo declara que Cristo es descendiente de Abraham según la carne. Este solo hecho presenta implícitamente al Señor Jesús como cumpliendo en Sí mismo las promesas hechas a Abraham (Mt. 1:1).[3] Es lo mismo que San Pablo asegura al señalar que en Jesucristo llegó a los no judíos la bendición de Abraham, la cual fue prometida por medio de la simiente abrahámica (Gn. 12:3). Indudablemente Cristo es la simiente prometida a Abraham. San Pablo insiste en que es la única simiente de Abraham (Gá. 3:16), lo que es lo mismo que afirmar que en el Señor Jesús se cumplen todas las claúsulas de la promesa. Esta es la causa de que por la fe en Jesucristo se llega a ser hijo de Dios (Gá. 3:26), lo cual es lo mismo que ser hijo de Abraham. De este modo los que somos de Cristo, somos linaje de Abraham y herederos según la promesa (Gá. 3:29).

---

[1] Calvino, Hebreos, p. 246.

[2] Llamamos "hijos de la promesa" a los no judíos que son el cumplimiento de la promesa porque Dios así lo quiere. Todos están incluidos en la bendición de la promesa, pero no todos son "hijos de la promesa".

[3] Verbum Dei, tomo III, p. 341.

Entre paréntesis hagamos la observación de que en su genealogía San Lucas no se detiene en Abraham como San Mateo, sino que llega hasta Adán, quien es hijo creado de Dios. Esto se debe a los propósitos de los evangelistas al escribir. San Mateo escribe a los de Israel a quienes no interesa más allá de Abraham, el padre de la nación judía. San Lucas escribe a no judíos, a quienes sí interesa la mención del primer hombre. Por otro lado, si bien la redención fue prometida a la descendencia de Abraham, la transgresión viene desde Adán a todos los hombres, quienes necesitan redención y quienes son incluidos en la promesa por medio de la simiente de Abraham.

Sabemos que la fe de Abraham y la fe de sus hijos en el NT son en la misma persona al leer que Abraham se regocijó al ver el día de Cristo (Jn. 8:56). La palabra "regocijó" en el texto significa alegrarse por un triunfo y expresa un vehemente celo y un ardiente afecto por lo que causa el regocijo.[1] Por lo tanto, podemos saber que el regocijo de Abraham fue porque, por medio de la fe, él vio el cumplimiento de la promesa. Mejor dicho, supo indubitablemente que la promesa se cumpliría, lo cual era un gran triunfo para el que la prometió, tanto como para el que creyó lo prometido. El AT no dice que Abraham se regocijara por ver el día de Cristo, pero el NT lo deduce del hecho de que Abraham creyó la promesa que, según el NT, incluía a Cristo.

Además, se puede aducir, en favor de la idea de la fe de Abraham en el Señor Jesús, que antes que Abraham fuese, Jesucristo es (Jn. 8.58). Para ver esta dimensión del Señor Jesús hay que verla con los ojos de la fe, porque sólo así se puede comprender el hecho de que el Señor Jesús,

---

[1]Calvino, John, tomo I, p. 360.

no teniendo cincuenta años, hubiera visto a Abraham (Jn.8:57).[1] Pero al mismo tiempo que Jesucristo es antes que fuese Abraham, también es mayor que Abraham. Eso se ve en el suceso de Abraham con Melquisedec, el cual se nos relata en Hebreos. Abraham pagó los diezmos del botín a Melquisedec, y este bendijo a Abraham, bendición que fue aceptada por Abraham (7:1-10). Se pagan diezmos y se reciben bendiciones de uno que es mayor, lo que demuestra que Melquisedec era mayor que Abraham. Si, como dice la Escritura, Jesucristo es sacerdote según el orden de Melquisedec (He. 6:20; 7:17; Sal. 110:4), deducimos que Jesucristo es mayor que Abraham. También notamos que el autor de Hebreos insiste en la falta de genealogía, principio y fin de Melquisedec, haciéndolo semejante al Hijos de Dios, lo cual hace de más fuerza la conclusión de que Abraham pagó los diezmos y recibió la bendición del mismo Jesucristo.

Todo lo anterior demuestra claramente que Abraham y sus hijos del AT creyeron en el cumplimiento general de la promesa, el cual es en Jesucristo. Para llegar a ser hijo de Abraham en el NT debe creerse también en Jesucristo quien es el cumplimiento de la promesa, enviado por Dios al mundo.

Los judíos no tenían idea alguna acerca de esto. Ellos referían al origen de la carne los extraordinarios dones de Dios, los cuales otorga para corrección natural.[2] Cuando se enfrenta a los judíos con la verdadera manera de llegar a ser hijos de Abraham y con la necesidad de serlo, ellos rechazan todo diciendo: "somos hijos de Abraham" sin saber que apenas son descendientes según la carne. Juan Bautista, viendo la ne-

---

[1] Calvino, John, tomo I, p. 362.

[2] Ibid., p. 343.

cesidad de ellos, les presenta claramente el camino para llegar a ser hijos, ya no sólo incluyendo la fe, sino diciéndoles que es necesario que se arrepientan y que den fruto de arrepentimiento (Mt. 3:8s.). Los judíos se creían perfectamente seguros contra la ira mesiánica.[1] Se gloriaban de su descendencia carnal y en ella ponían el fundamento de sus privilegios y suficiencia para pertenecer al reino mesiánico y salvarse.[2] Sin embargo, Juan Bautista los enfrenta a la realidad de que no podrían escapar del juicio sin un cambio profundo, el cual sería el fruto correspondiente al arrepentimiento.[3] Además, les exhorta a que produzcan frutos dignos de un verdadero arrepentimiento, tales como: caridad y misericordia.[4] Porque la descendencia carnal no vale nada, ya que aun de las piedras alrededor podría Dios levantar hijos a Abraham. Esto le sugería la idea de que no dependía la salvación de su descendencia, porque fácilmente podrían ser excluidos de gozar las bendiciones prometidas a Abraham.

El apóstol San Pedro declara el mismo asunto en su discurso de Hechos 3. Concuerda en que los judíos son descendientes de Abraham y en que, por lo tanto, son miembros del pueblo escogido. Ellos son los hijos del pacto (3:25). Sin embargo, ellos deben arrepentirse y convertirse (3:19) y también apartarse de iniquidad (3:26). Sólo de esta manera serían verdaderos hijos del pacto de Dios con Abraham. En otras palabras, llegarían a ser verdaderos hijos de Abraham cuando recibieran la bendición que es en Cristo, ya que no se encuentra la simiente de

---

1 Broadus, Comentario Sobre el Evangelio Según San Mateo, p. 63.

2 Compañía de Jesús, Nuevo Testamento, tomo I, p. 37.

3 Verbum Dei, tomo III, p. 351.

4 Compañía de Jesús, op. cit., p. 592.

Abraham en ninguna parte, sino en Cristo.[1]

La fe en Cristo y el necesario arrepentimiento de anteriores formas de querer llegar a Cristo, nos llevan al cumplimiento total de las promesas, en las cuales el pensamiento central es que, sin temor de nuestros enemigos, sirvamos a Dios en santidad y en justicia.[2] Con razón el Señor Jesús habla de que por la fe vendrán muchos que no son del pueblo de Israel a gozar del reino de los cielos juntamente con Abraham. Habló también de aquellos que por su incredulidad serán echados fuera del reino de los cielos aunque les pertezca por promesa (Mt. 8:11 y par. Lc. 13:28).

El reino de los cielos se presenta como el lugar en que la promesa será cumplida en su totalidad a Abraham y a sus hijos, entendiéndose por hijos no los descendientes carnales, sino los que siguen la fe y, por ende, la justicia de Abraham. Todos los hijos de Abraham que por la fe han creído en el cumplimiento de la promesa, llegarán algún día, después de su fin temporal, junto al padre Abraham en donde tendrán el perfecto cumplimiento de aquello que por fe han esperado.

En resumen, Abraham es padre de todos los del pueblo de Israel, pero no todos los de Israel son hijos de él. Algunos son solamente descendientes porque no hacen como su padre, más bien rechazan la promesa de Dios y no la creen. Para aquellos que no aceptan la promesa hay un castigo, e.d., están condenados a ser separados de su padre Abraham. Por el contrario, para los que sí reciben la promesa les está preparado un lugar junto a Abraham. Los que realmente reciben la promesa son los

---

[1] Calvino, Commentary upon the Acts of the Apostles, p. 159.

[2] V. La Promesa en Sí Misma, Cap. II, p. 13.

llamados hijos de la promesa, no porque la recibieron, sino porque Dios los creó como cumplimiento de ella. La promesa se cumplió en el Señor Jesús que es a quien se debe llegar para recibir la promesa. De este modo, todos los que se llegan a Cristo por fe y con arrepentimiento, no importando si descienden o no de Abraham, son hijos de Abraham por la fe, la misma fe de Abraham. Todos estos son hijos por la promesa ya que Dios le prometió a Abraham una descendencia numerosa. Así, se es hijo de Abraham por la promesa de Dios y por la fe que justifica.

CONCLUSION

La importancia de Abraham para el NT se hace evidente a través de lo expuesto en los cuatro capítulos de este trabajo. El AT nos dice que la promesa fue dada a Abraham y a sus descendientes, pero el NT la atribuye a todos los habitantes del mundo en todas las edades, tomando en cuenta que Dios dijo en el Génesis que extendería su bendición a todas las familias de la tierra (Gn. 12:3). Esa promesa, extendida de esa forma, fue dada por la grande misericordia infinita del Dios Creador. Esa promesa tenía que ver con una descendencia numerosa. La descendencia es parte de la promesa en dos aspectos; primero, como parte de todo lo prometido a Abraham y, segundo, como recipiente y beneficiaria de todo lo demás que se le prometió a Abraham. Es decir, la promesa no era solamente para Abraham, sino también para toda su descendencia.

En el AT se le prometió a Abraham que sería padre de muchas gentes, cosa que se realizó en que Abraham era el progenitor de varias naciones, entre otras, de los israelitas, ismaelitas y edomitas. Pero en el NT aquella promesa alcanza su máximo significado al conocerse a Abraham como padre de todos los creyentes que, a decir verdad, son incontables como las estrellas del cielo y como el polvo de la tierra.

Abraham creyó esta promesa y por esa causa Dios se la contó como ya cumplida. Frente a la promesa lo único que Abraham podía hacer era creerla o rechazarla. El creyó a lo que Dios le prometía. El NT nos dice que creyó porque confiaba en el poder de Dios, poder manifestado por medio de muchas y variadas demostraciones. Para el NT la vida de

Abraham reflejaba la gran fe que inundaba su ser. Abraham tenía una fe que obraba, que era el impulso eficaz para cada uno de sus actos, una fe que le permitía entregar todo lo que poseía, no importando cuan preciado fuera para él lo que hubiera de entregar, una fe que esperaba con paciencia la realización de lo prometido.

Esa fe no podía dejar de tener resultados. Abraham creyó y fue justificado, e.d., se le contó su fe como que ya tenía en sí mismo el cumplimiento de la promesa total. Durante su vida se le cumplió parcialmente, pero en esa primicia, según el NT, vio el cumplimiento total de la promesa y se alegró por ello. Además, en el NT Abraham es hecho ejemplo de aquellos que serían justificados y llamados hijos de Abraham. Todo lo anterior se hizo para que se cumpliera lo dicho por Dios en el AT en cuanto a que por padre de muchas gentes había constituido a Abraham.

También se le prometió a Abraham que él sería bendito y que sería bendición a todas las familias de la tierra. Con todo el cuidado y la protección de Dios durante toda su vida le fue cumplida la bendición personal, coronada con el hijo legítimo que se le dio en plena vejez. La bendición a todas las familias de la tierra se cumplió por medio de la simiente de Abraham. Estrictamente hablando, no fue sino hasta el NT que se cumplió esa promesa en la persona del Señor Jesús que, para San Pablo, era la única simiente de Abraham por medio de la cual podía llegar la bendición a todas las familias de la tierra. No obstante, esa bendición, que fue prometida y está realizada para todos los habitantes del mundo, no es sino para aquellos quienes son los "hijos de la promesa", e.d., para aquellos que fueron creados como cumplimiento de ella.

Estos deben hacerla efectiva en sus vidas mediante su llegada a Cristo Jesús en fe y con arrepentimiento. Aun los judíos, descendientes de Abraham y poseedores de la promesa, no son incluidos en la promesa todos, sino aquellos que son "hijos de la promesa" y que por su fe en el Señor Jesús llegan a ser "hijos" y no sólo descendientes de Abraham.

La promesa hecha a Abraham también incluía una tierra, la cual en el NT es llamada el cielo que es el lugar a donde los "hijos de Abraham" o, lo que es lo mismo, los hijos de Dios irán a gozarse con su padre.

En último lugar, aunque no menos importante, sino como expresión del propósito de todo lo prometido, se le prometió a Abraham que él y sus hijos serían el pueblo de Dios, escogido para que le sirviera y le adorara en todo lugar. Para que esto fuera posible, Dios se comprometió también a ser el Dios de ellos para protegerlos y hacerlos para sí un pueblo apartado y liberado de todos sus enemigos para que, según el NT, su adoración fuera sin temor y en santidad y en justicia todos los días de su vida.

Toda esta promesa halla su base y la seguridad de su cumplimiento en la persona de Dios mismo quien juró por El mismo que todo se haría como había sido prometido. Es por su gran misericordia que extendió su promesa y es por su gran poder que está dispuesto a cumplirla.

El NT tiene el mensaje renovado de aquella gran promesa dada a Abraham. Es el cumplimiento de ella y ofrece el camino para llegar a ser poseedor de todo lo prometido por Dios a Abraham.

BIBLIOGRAFIA

Libros

Allan, John A. La Epístola a los Gálatas. Traducido por Orlando C. Aprile. Buenos Aires: Methopress, 1963. 109 pp.

Broadus, John A. Comentario Sobre el Evangelio Según Mateo. Traducido por Sara Hale. México: Sara Hale, sin fecha. 763 pp.

Calvin, John. Commentary upon the Acts of the Apostles. Traducido por Christopher Fetherstone. Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1949. 2 tomos.

Calvin, John. Commentary on the Gospel According to John. Traducido por William Pringle. Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing company, 1949. 2 tomos.

Calvin, John. Commentary on a Harmony of the Evangelists. Traducido por William Pringle. Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing company, 1949. 3 tomos.

Calvino, Juan. Epístola a los Hebreos. Traducido al Inglés por Juan Owen, y al Castellano por Luis Torres Márquez. México: Publicaciones de la Fuente, 1960. 369 pp.

Calvino, Juan. Epístola a los Romanos. Traducido por Claudio Gutiérrez Marin. México: Publicaciones de la Fuente, 1961. 394 pp.

Compañía de Jesús. La Sagrada Escritura, tomo I: Nuevo Testamento Traducido y comentado por Juan Leal, Severiano Del Páramo, José Alonso. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1964 1107 pp.

Hovey, Alvah. Comentario sobre el Evangelio de Juan. Traducido por Sara A. Hale. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1937. 510 pp.

Hunter, A. M. La Epístola a los Romanos. Traducido por Adam F. Sosa. Buenos Aires: Editorial "La Aurora", 1959. 157 pp.

Lacy, G. H. Comentario sobre la Epístola a los Gálatas. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, sin fecha. 140 pp.

Lenski, R. C. H. La Interpretación de El Evangelio Según San Lucas. Traducido por Julio C. Orozco. México: Publicaciones El Escudo, 1963. 1053 pp.

Maldonado, Juan De. Comentarios a los Cuatro Evangelios. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1954. 3 tomos.

Moule, Handley. Exposición de la Epistola de San Pablo a los Romanos. Traducido del Inglés. Buenos Aires: Imprenta Juan H. Kidd y Cia., 1924. 364 pp.

Newell, William R. Romanos. Traducido por Roberto Gould y Ricardo Letona Estrada. Los Angeles, California: La Casa Bíblica de los Angeles, 1949. 457 pp.

Orchard, Bernard; Sutcliffe, Edmund F.; Fuller, Reginald C.; Russell, Ralph. Verbum Dei. Traducido por Maximiliano García Cordero, Salustiano Reyero, José Salguero, Acacio Fernández Casquero. Barcelona: Editorial Herder, 1960. 4 tomos.

Pratt, H. B. Estudios Críticos y Aclaratorios Sobre La Santa Escritura, tomo I: El Génesis. New York: Sociedad Americana de Tratados, 1901. 502 pp.

Rudd, A. B. Las Epístolas Generales. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1942. 319 pp.

Rudd, A. B. La Epístola a los Hebreos. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1940. 210 pp.